

—Ahora, entro allá arriba, en la sala en que están todos los viejos Ingmar. —Ten muy buenos días, Gran Ingmar Ingmarsson, dice padre, saliendo á mi encuentro. —Buenos días, padre, y gracias por vuestro socorro. —Si, ahora estarás bien casado, y lo demás ya vendrá por sí solo. —Jamás hubiera llegado á ello sin vuestra ayuda. —Pero no era necesario ser brujo para ello, dice padre. Nosotros, los Ingmarsson, no tenemos que hacer más cosa que seguir los caminos de Dios.



## CAPITULO I

### EL MAESTRO DE ESCUELA

**V**IENTE años atrás, en la aldea en que vivían los viejos Ingmarsson, nadie se hubiera atrevido á confesar una fe nueva, ni á seguir un servicio religioso distinto del antiguo. Se oía hablar de sectas que se habían formado en otros vecindarios de Dalecarlia; pero el rumor de que las gentes entraban en los lagos y en los ríos para recibir el bautismo de los anabaptistas, era acogido con sonrisas: —Eso es bueno para los de Appelbo ó los de Ganef; esas cosas no se verán nunca en casa. —Como permanecían adictos á las costumbres antiguas, procuraban no

faltar al oficio del domingo. Hasta en el corazón del invierno, con el frío más riguroso, todos los que podían acudir allá, acudían. Nada más necesario, por otra parte, pues ¿qué medio se hubiera encontrado de permanecer sin fuego, y con cuarenta grados de frío en la iglesia, si ésta no hubiese estado atestada de fieles?

Si las gentes acudían así, en tal multitud, no era en verdad porque tuviesen un pastor muy notable.

El sucesor del pastor que vivía cuando el Gran Ingmar era joven, no podía negarse que fuese un varón excelente, pero no poseía el menor talento de orador. En aquel tiempo se iba á la iglesia para honrar á Dios, y no para regalarse con un buen sermón. Y cuando á la vuelta, con las narices heladas, tiritaban las gentes, cada cual se decía:—Nuestro Señor ha tomado seguramente buena nota de que has estado en la iglesia con ese gran frío.

Esto era lo esencial. Poco importaba que el pastor se hubiese repetido una vez más, como hacía todos los domingos, desde que le había sido confiada la parroquia. La

mayor parte regresaban contentos de lo que habían oído. No ignoraban que les habían leído la palabra de Dios, y la encontraban bella. Únicamente el maestro de escuela y algunos viejos campesinos más listos, se murmuraban al oído:—En verdad, nuestro pastor no tiene más que un sermón. No habla más que de la Providencia y las maneras como Dios gobierna. Eso no va mal, mientras los sectarios no se acerquen por ahí. Pero la fortaleza está mal defendida y podría irse al suelo al primer asalto.

Lo que acontecía es que los predicadores ambulantes pasaban siempre de largo por la aldea.—¿Para qué entrar ahí?—decían—esas gentes no quieren oír hablar del Despertar religioso.—Los Evangelistas y los Despiertos de las comunidades vecinas tenían á los Ingmarsson y á sus vecinos por grandes pecadores, y, cuando oían las campanas de sus iglesias, pretendían que así sonaban; «¡Dormid en vuestros pecados! ¡Dormid en vuestros pecados!»

Grandes y chicos se mostraban muy ofendidos de lo que se decía de

sus campanas, y hasta se enfurecían por ello. Sabían que ninguno de ellos dejaban de leer la oración dominical, cuando esas campanas sonaban, y que cada tarde, cuando tintineaban las seis, en los campos y en las casas cesaba el trabajo. Los hombres se quitaban el sombrero; las mujeres se inclinaban; todos permanecían inmóviles, mientras recitaban su plegaria al Señor. Y jamás Dios les parecía tan poderoso y tan colmado de honores como en las tardes estivales, cuando veían las hoces inmóviles, los arados detenidos en medio de los surcos, y la descarga de las carretas suspendida un instante, y todo eso nada más que por el sonar de una campana. A sus ojos, parecía que bogase sobre la aldea una hermosa nube del crepúsculo, grande, bueno y sembrando á manos llenas las bendiciones en toda la comarca.

El maestro de escuela, simple campesino que se había instruido á sí mismo, no había pasado por la Escuela Normal; pero era un hombre capaz y se bastaba él solo para enseñar á leer á cien niños. Era muy

estimado, y, como desde hacia treinta años tenía esa escuela, el viejo Storm se sentía inclinado á desear en su conciencia todos los bienes de la parroquia. Causábale inquietud la insuficiencia del pastor. Mientras no se habló del nuevo bautismo en las parroquias vecinas, el viejo Storm permaneció tranquilo; pero cuando vió que á dos pasos de distancia se reunía la gente para formar nuevas comunidades, ya no pudo contenerse. Aunque pobre, supo persuadir á algunos notables de la localidad á que le diesen dinero para construir una capilla nueva.

—Ya sabéis quien soy—les dijo.

—Quiero predicar á fin de retener las almas en el antiguo culto. ¿Qué sucedería si los Predicadores nos trajesen por sorpresa su nuevo bautismo, y su nueva religión, sin que nadie hubiese enseñado á los feligreses á distinguir la buena doctrina de la falsa?

El maestro de escuela y el pastor vivían en buena inteligencia. Los dos paseaban juntos á menudo por el camino que va de la escuela al presbiterio. Prolongaban sus idas y

venidas como gentes á quienes una vez se han juntado, cuesta mucho separarse. Por la noche el pastor entraba en la casa del maestro de escuela, y se sentaba en la intimidad de la cocina, charlando allí con la madre Stina, la esposa de Storm. Iba muchas noches consecutivas, porque se aburría en su casa, siempre en desorden, pues su mujer no andaba bien de salud y debía siempre quedarse en cama.

Una noche de invierno, el maestro de escuela y su mujer, sentados al lado del hogar, conversaban dulce y gravemente, mientras su hija, una muchacha de doce años jugaba en un rincón del cuarto. Limpida, luminosa, con sus cabellos de un rubio pajizo, sus mejillas rosadas y afables, Gertrudis no tenía ese aire serio y un poco avejentado, común á los hijos de los maestros de escuela.

El rincón en que estaba, era el lugar que le había sido reservado para sus juegos. Había reunido allí algunas macetas de color, tazas y platos rotos, vasos redondos, pedazos de madera y otros objetos de valor parecido. Ni su padre ni su

madre la habían estorbado en el allegamiento de su tesoro. Agachada, edificaba y alineaba sus pedacitos de madera y sus pedazos de cristal, y se daba prisa por miedo á que la llamasen á sus lecciones y á su trabajo. Pero, por fortuna, esta noche su padre parecía haberse olvidado completamente de los problemas de aritmética.

La pequeña Gertrudis había concebido un gran proyecto en su rinconcillo. Se trataba nada menos que de reproducir la aldea con su iglesia, la escuela, y hasta el río y el puente, porque quería que su trabajo fuese completo. Ya con algunas piedras y chinias había simulado la cadena de montañas en que estaba encerrada la aldea. Algunas ramillas de pino imitaban las selvas y las dos cimas de Klackberg y de Olofshattan, representadas por dos torres puntiagudas, se miraban por encima del valle. La tierra de un tiesto cubría el valle redondeado. Faltaban, es verdad, los verdaderos cultivos, pero la imaginación tenía derecho á figurarse que se estaba en primavera, antes de que el trigo y la hierba apunta-

sen. Un largo fragmento de cristal plano representaba á maravilla el Dalef, que atraviesa, ancho y soberbio, aquella región; y el puente flotante, echado entre las dos partes de la aldea, reposaba tranquilamente sobre la transparencia de ese río. Dos pedazos de teja roja indicaban las granjas y cabañas más alejadas. Al norte, rodeado de sus campos y prados, se elevaba Ingmarsson y el barrio de Kolasen se distinguía sobre la grama de que parecía la montaña. A lo lejos, al sur, se reconocía la fábrica de Bergsane, en el mismo lugar en que el río, escapándose del valle por torrentes y cascadas, forzaba impetuosamente el anillo cerrado de las alturas. Los caminos, entre arenisca y piedrecillas, pasaban entre las alquerías y seguían el curso del río. Aquí y acullá, en medio de la llanura, cerca de las habitaciones, se levantaban pequeños ramilletes de árboles. La muchacha tenía así toda la aldea ante sus ojos; pero cada vez que levantaba la cabeza para invitar á su madre á que contemplase este lindo milagro, se detenía y encon-

traba más prudente no despertar su atención.

Luego construyó el barrio de la iglesia que se extendía sobre las dos riberas. ¡Cuántas veces le fué necesario cambiar las piedras de lugar! La casa del alcalde, no dejaba espacio á la tienda del especiero; y á la casa del juez la molestaba la del doctor. Y vamos á ver, ¿cómo hacerlo para no olvidar nada: iglesia, presbiterio, farmacia, correo, las grandes alquerías y sus dependencias, la fonda, la casa del inspector forestal, el telégrafo? Al fin logró que todo cupiese, todo; todas las casas blancas y rojas, bordeadas de verdura, todo menos la escuela.

La escuela habia de levantarse cerca del río, blanca, con sus dos pisos, alzándose en el patio el mástil para la bandera. Con sus mejores pedazos de madera en la mano, Gertrudis se preguntaba, no sin inquietud, qué medio emplearía para copiar exactamente las dos salas de clase, una arriba, otra en los bajos, y la cocina, y el cuarto de sus padres, que era también el suyo. ¡Decididamente iba á faltarle

el tiempo para terminar tan bella obra!

En este momento, oyó en el vestíbulo que alguien avanzaba, zapa-teando, para sacudirse la nieve de los pies. La visita del pastor aseguraba á la niña que toda la velada estaría libre. Alegrementepues, colocó la primera piedra de una escuela tan grande como la mitad del pueblo.

Su madre Stina había oído el ruido de pasos y se había apresurado á adelantar un sillón hasta la chimenea.

—¿Se lo vas á decir esta noche?— preguntó á su marido.

—Sí — contestó éste; — apenas se presente la ocasión.

El pastor llegó, helado, aterido, dichoso pues podía sentarse en una habitación tan caliente, y, según su costumbre muy comunicativo. No podía imaginarse hombre más agradable cuando venía así, á hablar de cualquier cosa. Escuchándole discurrir tan feliz y abundantemente sobre toda suerte de asuntos, era difícil imaginar el embarazo que experi-

mentaba al predicar. Pero apenas llegaba la ocasión de tratar cuestiones religiosas, se ruborizaba, balbuceaba, debía rebuscar las palabras y jamás llegaba á formular nada con claridad. Y, siempre volvía al mismo asunto: la manera como Dios gobierna. Bruscamente, el maestro de escuela se volvió hacia él, y dijo con alegre voz:

—Ahora, bueno será que cuente al pastor que voy á construir una capilla.

El pastor palideció, y pareció desplomarse en el sillón que la madre Stina le había ofrecido.

—¿Qué decís, Storm? ¿Construir una capilla? ¿Y qué va á ser, pues, de mi iglesia y de mí? ¿Estamos de sobra?

—Jamás dejarán de ser necesarios la iglesia y su pastor—dijo Storm con aplomo.—La capilla debe apoyar á la iglesia: ésta es mi opinión. Y pasan por ahí tantos falsos predicadores, que debemos fortificar la iglesia.

—Yo creía que Storm era mi amigo—murmuró tristemente el pastor. Y él, que había entrado tranquilo

y satisfecho, parecía ahora aterrado. El maestro de escuela comprendía perfectamente su descontento. Nadie ignoraba que el pastor había sido en otro tiempo una cabeza harto sólida, pero que en su juventud había llevado una vida demasiado alegre y que, á consecuencia de un ataque de apoplejía, sus facultades habían disminuído mucho. ¡Desventurado! Apenas lograba olvidar que no era sino una ruina de sí mismo, las circunstancias se encargaban de recordárselo, y un sombrío desaliento le invadía.

Permanecía aún como desplomado en su sillón, y nadie osaba romper el silencio.

—Yo no quisiera que el pastor tomase la cosa así—dijo Storm con voz que quería ser apagada y dulce.

—No digáis más, Storm—respondió el pastor.—Ya sé que como predicador no he sido un águila; pero jamás hubiera creído que se os hubiese ocurrido arrebatar-me el ministerio.

Storm echó las manos hacia adelante, como para rechazar semejante acusación, pero se calló.

El contraste entre esos dos hombres era notable: el maestro de escuela —que á pesar de sus sesenta y de la pesada tarea que eternamente agobió sus hombros, se mantenía fuerte, alto, como lo son á menudo los dalecarlios, con la cabeza rodeada de bucles negros, la tez color de cobre, los rasgos fuertemente acusados,— al lado del pastor, pequeño, con el pecho hundido, la frente calva, parecía de una robustez increíble. La madre Stina pensaba que su marido, puesto que era el más fuerte, debía mostrarse el más conciliador. Le hizo signo de que cediese, pero Storm le hizo signo, á su vez, de que, por más que lo sintiese, no cedería en su empresa.

No cabía duda,—explicó lentamente y con mucha precisión,—los sectarios penetrarían en la aldea. Era necesario un lugar en que se hablase al pueblo de una manera más sencilla que en la iglesia, un lugar en que se escogiesen los textos, en que se comentase la Biblia, en que se enseñase á los feligreses el sentido, el verdadero sentido de los pasajes difíciles.

Su mujer intentó en vano detenerle; comprendió que el pastor se iba diciendo á cada palabra:—¡Con que yo no he sabido esclarecer y defender la fe de mis feligreses! ¡Cuán grande es mi debilidad, pues el propio maestro de escuela, un campesino que se ha instruído á solas, se figura predicar mejor que yo!—

Storm continuaba hablando y se extendía sobre la necesidad de proteger el rebaño de los ataques de los lobos.

—Yo no he visto traza de lobos—interrumpió el pastor.

—Yo sé que están en camino—replicó Storm.

—Y sois vos, Storm, quien les abris la puerta.

Levantóse de su sillón. Las palabras del maestro de escuela le habían herido y hecho subir un poco de color á sus mejillas.

—Querido Storm—dijo con cierta dignidad,—no hablemos más de ese asunto.

Volvióse hacia la dueña de casa y se puso á embromarla sobre la guapa novia á quien había vestido recientemente, porque los días de bodas,

la madre Stina era la vestidora del pueblo, pero la buena mujer que comprendía cuanto debía torturarle el sentimiento de su impotencia, bruscamente revelada, no podía responderle, por las lágrimas que la compasión agolpaba á sus ojos. Y él pastor proseguía solo sus bromas, mientras pensaba, en el fondo de su alma:—¡Ah! ¡Si yo poseyera la fuerza y las facultades de mi juventud, mostraria facilmente á ese campesino cuan mal obra!—

Bruscamente, volvióse hacia él.

—¿Cómo Storm se ha procurado el dinero?

—Nos hemos asociado—respondió Storm.

Y citó varios nombres para probar que esas personas no tenían la menor intención de perjudicar á la iglesia, ni de herir al pastor.

—¡También Ingmar Ingmarsson está con vosotros!—interrumpió éste como herido por un nuevo golpe de maza...—¡Ah! ¡Y yo me creía tan seguro de Storm como de Ingmar!

Y, sin más, volvió á su charla con Stina. Debió de advertir sus lágrimas, pero no lo dió á conocer.



Un instante más tarde, volvió á la carga.

—¡Renuncia, Storm, renuncia, por la amistad que me profesas! ¿Le gustaría á Storm que se abriese una escuela al lado de la suya?

El viejo maestro reflexionó un instante, con los ojos fijos en el suelo.

—No puedo, pastor, no puedo—dijo, intentando tomar un aire animoso y tranquilo.

Un silencio de muerte reinó durante diez minutos bien cumplidos. Luego el pastor tomó el capote y el gorro de pieles, y se dirigió á la puerta. Durante toda la velada, había estado torturándose para encontrar palabras que probasen á Storm que obraba mal, no solamente hacia con su pastor, sino hacia todo el vecindario, al cual su proyecto insensato amenazaba arruinar. Y, aunque un gran tumulto de palabras y de pensamientos enjambreaba en su cabeza, nada claro ni perentorio había acudido á sus labios, porque era un hombre al agua.

Al encaminarse hacia la entrada, sus ojos tropezaron con Gertrudis,

que estaba jugando en su rincón, con las paredes de vidrio y las de madera. Empezó á mirarla. Evidentemente, no había oído una sola palabra de la conversación: la alegría brillaba en sus pupilas: sus mejillas estaban más sonrosadas que de costumbre. Y el pastor se conmovió al ver su pesada tristeza al lado de tan descuidada alegría.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó.

La muchacha ya hacía tiempo que había terminado su aldea; por sus propias manos la había destruido, y emprendido una obra nueva.

—¡Qué lástima!—dijo la niña.—¡Qué lástima que el pastor no lo haya visto un momento antes! Había hecho un pueblo muy bonito, con su iglesia y su escuela.

—¿Y qué se ha hecho?

—La tumbé. Ahora voy á construir una Jerusalén...

—¿Qué dices?—interrumpió el pastor.—¿Has destruido tu aldea para construir una Jerusalén?

—Sí—replicó Gertrudis.—¡Era un pueblo más bonito! Pero como ayer,

en clase, leímos la historia de Jerusalén...

El pastor miró á la niña. Se pasó la mano por la frente, para aclarar sus pensamientos.

—Debe de ser alguien más grande que tú el que habla por tu boca— murmuró.

Las palabras de la muchacha le parecían tan maravillosas que las repitió muchas veces. Le hacían entrar en el curso ordinario de sus meditaciones, pues él pensaba siempre en la manera como Dios gobierna, y en los medios que emplea para que su voluntad sea cumplida.

Entonces volvió otra vez hacia el maestro de escuela y le dijo, con su buena voz habitual, pero con nueva claridad en los ojos:

—Ya no estoy enojado contra vos, Storm. Probablemente hacéis lo que estáis obligado á hacer. Yo he reflexionado incesantemente sobre la manera como Dios gobierna, aunque no haya llegado á comprenderla del todo. Tampoco comprendo del todo vuestro asunto: pero advierto que hacéis lo que estáis obligado á hacer.



## CAPITULO II

### EL CIELO ABIERTO

**E**N la misma primavera en que se construyó la capilla, el deshielo fué violentísimo y el Dalelf experimentó una crecida terrible. Jamás ninguna primavera había traído tanta inundación. Caía el agua del cielo, chorreaba de las montañas, se entretenía en los vericuetos y en los surcos de los arados y buscaba rumorosa un camino hacia el río, al cual engrosaba con loca rapidez. El Dalelf ya no era obscuro ni reluciente, ni sosegado, sino de un amarillo sucio, á consecuencia de tanta corriente terrosa como en él se precipitaba, y, al vérselo car-

gado de troncos de árboles y de pequeños bancos de hielo, parecía extrañamente siniestro.

Al principio las personas mayores no se inquietaban por esas aguas primaverales, y los niños, apenas podían escaparse un instante, se apresuraban á acudir á las márgenes y seguían con la vista cuanto la corriente acarreaba, que no sólo eran pedazos de hielo y troncos de árboles sino también garitas de lavandera, barquichuelos, puentes quebrados.—Pronto se llevará el nuestro—decían un poco asustados, pero mucho mucho más contentos con la idea de que iba á acontecer una cosa tan extraordinaria.

De repente un gran pino, acarreado con sus raíces y sus ramas, pasó seguido de un álamo, cuyo tronco blanco y gruesas ramas desempeñaban el papel de velas. Y, en compañía de los dos árboles, una pequeña barraca, volcada, llena aún de paja y heno, flotaba sobre su techo y érale dado bogar. Entonces fué cuando las personas mayores se conmovieron y de todas partes acudieron con largos bastones y con

garfios para salvar los edificios y los muebles que la corriente del río traía del Norte.

Un poco más arriba del lugar en que los habitantes se diseminaban, Ingmar Ingmarsson se mantenía en pie, no lejos de la orilla. Ahora se acercaba el hombre á los sesenta, pero parecía más viejo con su cara ruda y arrugada, su cuerpo que se inclinaba y el aire tan tímido, tan distraído como en otro tiempo. Apoyado en un largo palo, contemplaba el río con aire soñoliento, y el río, rumoroso, espumajeaba y se encrepaba, orgulloso de sus rapiñas, como si hubiese escarnecido á este campesino, lento y pesado.—¡No eres tú quién, parecía decirle, para arrebatarme lo robado!

Ingmar le miraba sin tregua y observaba todos los despojos. De repente, advirtió algo de un amarillo reluciente que avanzaba sobre una especie de mal escabel. La cosa estaba aun bastante lejana, pero con todo, era fácil que le reconocieran unos ojos acostumbrados al común vestir de los pequeñuelos de Dalecarlia.

—Vamos, unas criaturas que jugaban junto á un lavadero, pensó, y que no han tenido tiempo de volver á tierra.

Pronto, en efecto, distinguió á tres niños pequeños, vestidos de esparto amarillo, con tres gorrillos redondos, también amarillos, acurrucados sobre una plancha de maderas mal pintadas, golpeada continuamente por las ondas y los pedazos de hielo. Una de las corrientes del río avanzaba oblicuamente hácia la orilla.

—Si á Dios pluguiera que entrasen en esa corriente—murmuró Ingmar,—yo podría, sin dificultad, traerlos á tierra.

Y he aquí que la plancha, como empujada por una mano poderosa, dió la vuelta y tomó la dirección de la orilla. Los niños estaban tan cercanos, que Ingmar veía sus caritas espantadas y oía sus llantos; pero estaban demasiado lejos, para que su garfio pudiese alcanzarles. Se apresuró, pues, á bajar al río y á entrar en él.

En este momento, el campesino tuvo la extraña sensación de que una voz le hablaba.

—Ingmar, ya no eres mozo; esto puede ser peligroso para tí.

Reflexionó algunos instantes, y se preguntó si tenía el derecho de arriesgar su vida. Su mujer, la Brita de otros tiempos, había muerto el invierno último, y él, desde ese instante, había deseado más de una vez seguirla. Pero su hijo, que debía heredar la hacienda, aún era muy niño.

—Ea, suceda lo que Dios quiera—dijo.

El Gran Ingmar había perdido su inhabilidad y su lentitud. Atento á los pedazos de hielo y á los troncos de árbol, que hubieran podido tumbarle, desde su primer paso á través de la corriente hundió su garfio poderosamente para asegurarse contra aquella, y apenas la plancha estuvo á su alcance, hundió el agudo instrumento en ella, como un arpón.

—¡Alerta!—gritó á los pequeñuelos,—porque, en el mismo instante, la plancha viró, y sus maderos cruzieron.

Resistió, no obstante, y el Gran Ingmar logró sacarla de la corriente. Desde este instante, seguro de que

ganaría tierra por sí sola, la dejó y se aprestaba á ganar la orilla, cuando un tronco de árbol, que llegaba al galope, vino á darle precisamente contra el pecho, debajo del brazo. Ingmar vaciló, aunque con la mano fuertemente apoyada en su pica pudo aún llegar á la orilla. Pero cuando estuvo en ella, su boca se llenó de sangre.

—Eres hombre muerto, Gran Ingmar—murmuró, desvaneciéndose.

Los pequeñuelos, salvados, dieron la alarma; vino gente y le transportaron á la hacienda.

El pastor permaneció en Ingmarsgard toda la tarde, y al volver, ya anochecido, entró en la casa del maestro de escuela. Storm y la madre Stina, que habian sabido la muerte del Gran Ingmar, estaban muy apenados por ella, cuando su viejo amigo se adelantó hacia ellos con paso ligero, con no sé que de claro y de iluminado que resplandecía en toda su persona.

El maestro de escuela le preguntó en seguida si habia llegado á tiempo.

—Sí—dijo el pastor,—pero no era á mí, á quien necesitaba.

—¿Qué queréis decir?—preguntó la madre Stina.

—No, en verdad—respondió el pastor con aire misterioso.—Bien hubiera podido pasarse de mi auxilio... ¡Ah!—continuó;—á menudo es harto penoso sentarse cabe un lecho de muerte.

—Sí, es verdad—afirmó Storm.

—Y, sobre todo, cuando el que muere es el primer personaje de la aldea.

—Sin duda.

—Pero á veces, las cosas pasan al revés de lo que uno se figuraba.

El pastor se calló un instante y sus ojos, fijos en el vacío, echaban á través de sus espejuelos un resplandor cuya vivacidad no le era habitual; después, prosiguió:

—¿Habéis oído hablar, vos, madre Stina y vos, Storm, de lo que le sucedió al Gran Ingmar allá en los tiempos de su juventud? Tenía un amigo, arrendatario de sus tierras...

—Ya recuerdo—dijo el maestro de escuela.—Un amigo que también se llamaba Ingmar, y á quien

llamaban Stark Ingmar, para distinguirlo.

—Precisamente—continuó el pastor.—Sucedió, pues, que en cierta ocasión, una noche de sábado, de luna clara, su amigo y él, habiendo terminado su faena, vistieron los trapos domingueros, y bajaron al burgo, á divertirse.

El pastor se interrumpió y permaneció un momento silencioso y meditabundo.

—Comprendo — prosiguió — que debió de ser en noche muy bella, en noche calmosa y luminosa, en una de estas noches en que el cielo y la tierra cambian de color, y el cielo parece de un verde tierno, y la tierra, velada por una ligera neblina, toma tintas blancas y azuladas. Cuando llegaron al puente flotante algo les invitó á levantar los ojos, y vieron, por encima de su cabeza, el cielo abierto. Toda la bóveda celeste les apareció, como si hubiesen apartado sus cortinas; y ellos permanecieron con las manos enlazadas, contemplando el esplendor del cielo. Esta visión no la contaron á nadie; nadie supo de ella jamás; pero la guarda-

ron en lo más hondo de sí mismos, como su más caro tesoro, como divino presente immaculado.

El pastor se detuvo de nuevo; bajó la cabeza y suspiró profundamente.

—Jamás había oído nada semejante.

Luego continuó:

—Desde que hubieron transportado á Gran Ingmar, y se vió extendido en su cama, dió la orden de ir á buscar á Stark. Pero Stark estaba en lo alto de la selva, ocupado en cortar madera; y fué despachado mensajero tras mensajero, porque el temor de no volverle á ver llenaba de angustia al moribundo. El doctor y yo habíamos llegado mientras tanto. Pero el Gran Ingmar no se ocupaba demasiado de nosotros.—Voy á morir—me dijo—y lo único que deseo es volver á ver á Stark.—Estaba acostado en la cama grande del cuarto chico, y habían extendido encima de él, el cortinaje más rico de la casa. Los tres pequeñuelos salvados se mantenían quietos, agazapados á sus pies, y, cuando él separaba sus miradas de lo que veía á lo lejos, y las bajaba hasta ellos, un sonrisa

iluminaba su rostro. Por fin el arrendatario fué encontrado é Ingmar escuchó sonriendo los pasos pesados de Stark que resonaban en la sala espaciosa. Cuando éste se acercó á la cama, Ingmar le tomó la mano, le acarició dulcemente, y preguntó:—¿Te acuerdas, Stark, de que una noche, sobre el puente flotante, vimos el cielo abierto?—Claro que me acuerdo de aquella noche, en que los dos sumergimos nuestras miradas en el cielo—respondió Stark.—Entonces Ingmar se volvió enteramente hacia él, con la faz tan radiante como si fuese á comunicarle la mejor de las nuevas.—Allí voy yo ahora—dijo.—El arrendatario hundió sus ojos en los de él.—Yo te seguiré—dijo—pero más tarde, porque tu hijo tendrá necesidad de mí.—Sí, sí, lo sé—respondió Ingmar levantando la cabeza. Después suspiró profundamente y expiró.

El maestro de escuela y la madre Stina creyeron unánimes que esto era una buena muerte; y los tres guardaron silencio mucho tiempo.

—Pero—dijo súbitamente la madre Stina—¿cómo pudo saber el maestro

de escuela, que Ingmar tendría necesidad de él?

El pastor levantó la cabeza, un poco sorprendido.

—Lo ignoro—respondió;—pero, tenéis razón, madre Stina, su seguridad era hartó singular.

Se pasó lentamente la mano sobre la frente, como para mejor desenmarañar sus ideas.

—Nada hay tan extraño—murmuró—como la manera de gobernar de Dios. No, nada hay tan extraño.